

# LIBRO PRIMERO



**E** RAN PASADAS DE LA MEDIANOCHE cuando tres BUK, chavos de mi banda, se salieron de la fiesta; no sé a qué. La cuestión es que regresaron todos ensangrentados y chiflando en clave: dejar lo que estuviéramos haciendo y juntarnos rápidamente.

–Son como quince los que nos madrearon. Vente, Kawasaki; no te me despegues: tú eres de los pesados –me dijo el Venado.

Eran un resto, pero también nosotros éramos un bandón. Los agresores se echaron a correr, se metieron a una vecindad y nos cerraron la puerta. Desde la azotea nos aventaron cuanta madre. Esquivé bien las pedradas y los botellazos. Estábamos aferrados en meternos, pero tenían atrancado el portón. Por fin, lo abrimos y alcancé a jalar a uno. Y jalaron a otro y a otro. Al infeliz que agarré, lo arrastré a media calle; ahí los pateamos. El Venado sacó el picahielos y lo empezó a llenar de agujeros. Una y otra vez. Como una película que se repite una y otra vez, así veía entrar y salir el picahielo: la piel del chavo tronándole como chicharrón. El picahielo es un arma muy sátira; casi no saca sangre, muy poca: puntitos. No hay borbotones. Sólo gotas y se cierra la herida. Sólo deja un agujerito al entrar. El derrame es por dentro. El picahielo entra una y otra vez, perforando panza, piernas, brazos... Zas. Zas. Rara vez toca hueso.

Yo no tenía nada con qué pegarle al morro. Me vi con las manos vacías. “¿Patadas?, pues ya le he dado un montón y no le pasa nada.” Vi la coladera. Estaba sobrepuesta. La levanté y se la estampé en la cabeza. Pegó seco. Volví a azotársela en el cráneo. Cuatro veces, en total. Quería que toda la banda viera que yo era el que más colaboraba. “El Kawasaki es el más manchado.” El picahielo me pareció poca cosa. No vi lo que quedó del chavo. A los tres morrillos que jalamos les dimos una catiza. Quedaron llenos de sangre y de agujeros. “Vámonos.”

Y la banda se dispersó; el Venado y yo nos escondimos en la azotea de un edificio. Ocultos entre los tinacos, escuchando las sirenas de las ambulancias y las patrullas. No nos atrevíamos a hablar de la fiesta que terminó en masacre. Desde ese momento olvidé si la pachanga había sido en la Condesa o la Escandón, donde había Pitufox, Panchitos, Ramones, BUK, Mohos...

Me ganó el sueño y me olvidé del zafarrancho.

Al otro día, por el camino, el Venado me fue diciendo:

–Oye, ¿no sientes feo?

–¿De qué?

–De que le rompiste el cráneo con la coladera.

–¿Y tú, no sientes feo de que lo llenaste de agujeros?

Yo quería hacerlo culpable. ¿Por qué nada más yo? Y ahí quedó. Después de dos tres días salió en el periódico que habían matado a unos chamacos en la Condesa o en la Roma o donde haya sido. “Bronca entre pandilleros. Murieron tres y se busca a los causantes.” Me aterroricé. No quería salir; temía que alguien me delatara. El Venado, cada que me veía, me recriminaba:

–Es que *tú* lo mataste. Le sorrajaste la coladera en la cabeza.

–Quién sabe de qué se murió: si de los agujeros que le diste tú o de los coladerazos que le di yo.

Muchos años cargué con los remordimientos. Me sentía asesino. Homicida: “Ya mataste. Lo puedes volver a hacer.”

Por el momento, había conseguido lo que más quería en la vida: hacerme de una famita de cabrón, a los quince años. Me halagaba que se hablara del Kawasaki. A pulso me había ganado mi lugar; parecía tan lejano el chamaquito que fumó mariguana, por primera vez, en la vecindad de la Virgen. Tenía doce años; al Gemelo y a mí nos gustaba ir con la banda que se reunía a grifear frente al altar de la Guadalupana. Siempre me invitaban:

–Órale, Román, date un jalón.

Ninguno de los dos aceptábamos; pero esa mañana, cuando empezó a correr la mota, el Gemelo le dio un jalón. Me admiró su acción. “Achis, y yo, ¿por qué no?” Y le di tres jalones. De inmediato sentí que me liberaba.

–Se me secó la boca –le comenté al Gemelo.

–También a mí.

Me dio confianza sentir los mismos efectos. Me agradó encajar en el círculo y participar en la ensalada de plástica. Todos buscábamos destacarnos por algo. Competir a ver quién sufría más, quién cometía más raterías. Pero lo principal es hacerse la víctima.

De pronto, en medio del coto, el calor me pareció insostenible. Sudaba frío. El cuerpo chinito. Me entró pánico. “No lo vuelvo a hacer. Dios mío, que se me quite.” Sentí mucha hambre y sed:

–Ya se me secó la boca –volví a decir espantado, casi gritando.

–Lo que pasa es que te quiere dar el bajón –me dijo un grifo–. Tómate un refresco y se te quita.

Me lo quise ir a tomar, pero no tenía dinero. Desesperado, me pegué a la llave de agua.

–Vámonos –le pedí al Gemelo–. Me estoy asando.

Quería correr. Estábamos en José María Vigil y las calles se me hacían laaargas, inmensas. Parecía tan lejano el 116 de Mártires de la Conquista, el edificio donde vivía la novia del Gemelo. Apenas llegamos, me dijo:

–Cámara, Román, aquí me quedo.

No me moví. No sé si quería disfrutar mi enmariguana o que se bajara. Me preocupaba que algún conocido me

viera. Empecé a sentir que me caía. Las piernas como chicle. El pasón en toda su dimensión. Me sentía extraño; que no era yo, el Román. Algo me faltaba o sobraba. Me senté y vi rayitas de colores. Verticales. Quería irme a mi casa y acostarme, pero me detenía el temor de que me vieran en ese estado. Me hundía en un abismo. Iba caer de frente y preferí acostarme. Temblaba. Mi cuerpo como pluma, muy ligero. Taquicardia. Sentía que me iba a morir. Me fue venciendo el sueño.

Desperté en el piso del edificio, estirado completamente. Con una cruda espantosa. Me quedé con ganas de repetirlo. Había sido tan emocionante. Tan rico ese olor a petate quemado. Un aroma dulce. Quería volver a sentirme anormal, pesado del cráneo. Drogado. Tonto.

Ese fue mi primer pasón. El segundo fue dos años después, cuando me hice novio de una chava de la secundaria y me invitó a su casa, por Contreras. Le pedí a mi amigo el difunto Fernando el Caballo, que me acompañara:

–Te voy a presentar a mi vieja.

Me sentía feliz. Una chamaca se había fijado en mí. Llegamos a su casa y ella nos abrió la puerta. Otros tres chavos estaban tomándose un pomo.

–Pasa. Siéntate.

Mi novia se fue a sentar en las piernas de uno de ellos: “Chale, ¿cómo es posible que me la haga? Pinche. Maldita. Asquerosa.” Pero no me iba. Empezó a correr la mota. Ahí me di cuenta que mi novia era una mariguana profesional: unos jalonzotes que le daba. La mota iba pasando de mano en mano, hasta que llegó a mí. Recordé el pasón, pero qué iba a decir mi novia. “Le voy a dar un jalón y lo paso luego luego.” Sabía que me la tenía que llevar tranquilo. Corrieron otro churrote y siguieron pasándola. Fume y fume. No tenían cansancio.

Sentí mucho sueño. La mota seguía corriendo. Me empecé a ir. Los escuchaba cada vez más lejos. Me quedé dormido en el sillón; quién sabe a qué horas mi noviecita me despertó:

–Vamos a ir a un concierto y no tenemos boleto para ti.

Se la capié: me estaba corriendo. No quería saber de ella. Ya había visto que era una fácil.

–Ahi nos vemos, que se diviertan.

Su nuevo chavo y ella nos encaminaron a Fernando y a mí a la puerta.

Sentía que los carros se me venían encima y me obligaban a orillarme a la pared. Me atemorice. Ni me acordaba de la novia; se me borró. Sí me dolió, pero no quería demostrárselo a mi cuate. Ese dolor me lo tragué. No le toqué el tema. Iba esquivando charquitos de agua que parecían manantiales. Ríos. Traía una gabardina negra.

Tomamos un camión para Tacubaya; me agarré del tubo. El corazón se me iba por la ventanilla. El cuerpo se me enchinaba. Empecé a ver chispitas blancas. Seca la boca. Un arco iris de rayas verticales: rojo, verde, anaranjado... Y pum: se me apagó la vista. Sentí debilidad y me solté. Me pegué en la frente contra un tubo y rematé en el suelo. Me acomodé con las manos en mi cara, como si estuviera en mi cama; aunque sabía que estaba en medio de un pasón y la gente me adivinaba mariguano o pedo. El Caballo me preguntó:

–¿Qué te pasa?

–Se está haciendo pendejo, dale una patada en el trasero –escuché que alguien le dijo.

Obedeció la sugerencia y no le pude decir nada. Me dejó tantito en el suelo, a que tomara aire y le pidió a un señor que me cediera el asiento; se me quedó viendo y se levantó. Me fui relajando. Ya llegó el camión a Tacubaya y nos bajamos.

Mi cuate empezó a hacerme burla:

–¡Ja, ja, te diste un pasón!

“¿Por qué fumo mariguana si me voy a poner así? ¿Por qué?”

Después le empecé a agarrar el gusto, pero me limitaba. Ya sabía que mi dosis eran tres, cuatro jalones. Todavía me detenía la advertencia de mi papá: los mariguanos son rateros y apáticos. Una lacra de la sociedad.

A los catorce años me sentía el rey del mundo porque después de tanto batallar para terminar la primaria, por fin había conseguido mi certificado en una nocturna. Poco después aprobé el examen de admisión en la secundaria técnica más codiciada del barrio. Al principio, saqué buenas calificaciones, pero a los cuatro meses empezó el desmadre porque algunos chamacos nada más iban a la escuela a enmariguanarse o a inhalar cemento. Yo fumaba cigarros nada más. Ahí se juntaban los BUK (Banda Unida Kiss). De inmediato, los hice mis ídolos, mis dioses. A mí me daba miedo acercármele a una vieja; en cambio, los BUK se amarraban a las morras que a mí me gustaban. “Es que ellos sí están caritas; tú estás bien feo con esos lentezotes verde botella rotos y, para colmo, amarrados con una agujeta. Pareces búho.”

Quería ser BUK y que me tuvieran miedo. “¿Cómo le harán para aguantar tanta mariguana?” Soñaba con golpear a muchos, con el apoyo de alguien.

Mi papá es maestro barnizador y siempre ha llevado a la casa su material de trabajo; un tesoro para la banda: galones de cemento cinco mil y thíner. Para poder entrar al núcleo de los Buk les empecé a llevar su flan. Quería que dijeran: “El Román es bien chido. Va a ser de los nuestros.” Lleno de admiración, veía cómo se lo inhalaban.

Al chico rato conseguí mi propósito y empecé a grifearme con ellos. Me sentía realizado cuando los acompañaba a la prepa, con los porros. En todo los imitaba. Si robaban, iguanas ranas. Si había broncas, participaba en todas. Si estaban masacrando a alguien, yo era el que más pegaba. Tenía ansia de sobresalir. Revalidarme con los chingones. Mis ídolos eran el Tarzán, el Carlota, el Rojas, el Yeyé, el Roñas... Eran los más manchados en las peleas. Sacaban la fajilla y la estrellaban en la cabeza del contrincante. La sangre y los picahielos me ponían a temblar. Al Tarzán lo conocí afuera de la escuela, pegándole a uno de los Panchitos. Le daba bien mécole: retumbaba contra las rejas, lo agarraba de las greñas y, zas, lo azotaba al suelo y brincaba encima del Pancho. Por último,

lo arrastró por toda la avenida. “Yo quiero ser como el Tarzán: así de manchado.”

Por esa época nació mi primer apodo: Kawasaki. Así me llamaron porque ya existía otro Kawasaki en Prepa 4, que también traía sus lentes de botella. Y hasta nos parecíamos un leve.

\*

Muy pronto mi mamá ya no supo a qué santo rezarle. Ni qué remedio darme para tratar de meterme en cintura. A deshoras de la noche, mi mamá subía a buscarme a los sitios más feos del rumbo. Ni los más rifados se atreven a entrar a esos lugares donde los drogadictos se dan en maceta.

—¿A qué me expones, hijo? ¿A que me violen? No puedo dormir del pendiente. No sé si algún desgraciado ya te mató o si ya te atropellaron. ¿Qué quieres que haga para que te dejes de drogar? ¿Quieres que me hingue? ¿Que llore? Pues te lloro. Me pongo de rodillas...

Y se hincaba y me lloraba. “¡Ándele, así me gusta: sufra! Acuérdense de cuando me quemó las patas, las manos, el hocico... Entonces, el que no podía dormir era yo.

Mi papá también me la armaba de tos en la madrugada, donde me encontrara:

—Ahí viene tu jefe, Román.

—¡Que venga! Aquí lo espero.

Mi padre sacó un fierrote y me dijo:

—Qué, ¿dónde quieres caer? —y rasgaba la cortina metálica de una tienda—. ¿Quién de estos güeyes te va a hacer un paro? Entrénle, órale.

—Qué onda, ¿lo surtimos?

—No, espérate; es mi jefe, aguanta... Ya vete porque te van a partir tu madre.

—Aviéntense.

Esa noche le aventé un botellazo.

—Si no me agacho, me pasa lo que al perico. Pues ahora no me voy.

—Bueno, ¡chingá! Soy mariguano y ¿qué? Tú ya viviste tu vida, no te metas en la mía.

–¡Mariguano, paria, güevón. Cuatro lámparas infeliz!

–Sí, ¿y? No te pido ni madres, yo me la compro. ¿Cuál es la bronca? Ahora, si lo que quieres es que me vaya contigo, espérame: estoy atizando.

Y se quedó. Yo hasta le hacía más panchos y le jalaba bien macizo. Quería que le doliera porque a mí nada me dolía. Quería disfrutar todo lo que se me atravesara en el camino. Por eso, cuando me hastiaba de los sermones de mi papá, me salía temporalmente de mi casa:

–Ya no le des de tragar a éste; no trabaja, no estudia, no nada. A chingar a su madre a otra parte; aquí no se toma ni un café.

Entonces me iba de viaje por tres semanas. Me gustaba irme a Acapulco con el Puqui, que en paz descanse. Nos dedicábamos al fardo: entrar a las tiendas y clavarnos mercancía. Por la tarde la abaratábamos a los turistas. Sacábamos lo suficiente para pagar un hotel, pero preferíamos quedarnos en la playa.

Tenía 17 años cuando me agarraron por vagancia y malvivencia. Y nos llevaron hasta la grande. Nos pusieron a hacer la fajina en las galeras, que más bien parecían chiqueros o palo de gallinero. No dejaba de repetirle al Puqui mientras limpiábamos tanta porquería:

–Ya nos chingaron. Ahora sí, aquí vamos a estar un rato.

–¡Lávenle!

–¿Cómo me pone a lavar mierda?

–Para que te reflejes. Y cállate o te la restrego en el hocico.

El Puqui acarreaba el agua y yo tallaba. Ya teníamos tres días y nadie nos decía cuánto tiempo más íbamos a estar. En el momento en que se descuidó el guardia, el Puqui empezó a hacerme señas con los ojos de “vámonos, vámonos”. Y me señalaba que ese era el momento: la puerta estaba abierta. Yo no me quería aventar el tiro. Le sacateaba porque ya tenía antecedentes penales, y estaba en libertad bajo fianza. Había un vigilante en la entrada. Tanto me dijo vámonos, que aventé la escoba y pegamos

la carrera. Yo estaba descalzo. Llegamos a la puerta y la cruzamos caminando. De inmediato agarramos un taxi:

–Aléjanos de aquí. Nos acabamos de escapar. No tenemos para pagarte, pero te damos esta mochila.

Nos dejó en el zócalo. La maleta traía ropa de algún preso. Pude haberme robado algunas chancas en la playa, pero sentía urgencia de llegar a México cuanto antes. Todavía dejé pasar unos días antes de hablarle a mi papá para pedirle perdón y hacerle a la chillona. Nunca me negó la entrada. Mientras andaba de pata de perro, a veces reflexionaba: “Ahorita estaría durmiendo en mi camita, sin pasar hambres. No andaría descalzo. Entre más te vas de la casa, regresas más jodido. Ya no te metas en problemas. Si tus padres te dicen mariguano, ya no les contestes.” La comodidad de la casa era lo único que extrañaba. Mi familia me tenía sin cuidado.

\*

Regresando de esas vacaciones me propuse conseguirme una novia bonita. Hasta entonces sólo las había tenido feas como yo; no podía ponerme exigente. Pero un día mi vanidad me dijo que yo tenía lo mío, sólo que aquellos lentes me hacían feyón. Entonces puse un puestecito de plumas y maquillajes americanos, en Cartagena, nada más para comprarme unos lentes de contacto. Cuando los tuve me vi al espejo y me gusté. Me convertí en una amenaza. En el semblante de toda las mujeres podía leer: “Quiero ser la novia del Kawasaki.” Para deslumbrarlas, las llevaba a donde pudieran ver mi calidad de golpeador. Pero la mejor oportunidad se presentaba cuando mis amigos se emborrachaban y terminaban cacheteando a sus novias. Entonces entraba en acción el caballero Kawasaki. Mis palabras de consuelo curaban las peores heridas. En cuanto alcanzaba mi objetivo, las abandonaba. Mi fama se desbordó:

–El Kawasaki nada más se las coge y las bota.

Me lancé tan a fondo en mi carrera de conquistador que dejé la secundaria; nunca la terminé. Entré a varias y

en todas me dediqué a pintar venado. De repente se me acabaron las ganas de estudiar. Sólo quería drogarme, robar y cortejar quinceañeras.

Pero Celina me hizo pagar todas mis fechorías. Me despreciaba y me trataba con la punta del pie: por eso me enamoré. No era como las demás que aflojaban y me eran fieles. Cuando la sacaba a pasear, muy a mi pesar, me presentaba como su amigo:

–Óyeme, no friegues, por qué me negaste, si soy tu novio –le reclamaba a solas.

–Si no te parece, búscate otra.

Mis amigos de la banda también me la aplicaron. Se llevaron a la Celina a caldear un montón de veces a Parque Lira. Una vez se lo reclamé.

–Sí y qué. Y ya te dije: si no te parece, mándame a volar.

Adoraba su cinismo y sus descolones. “Con ésta sí me casaba”; ya le había pedido la nalga como diez veces y nada. Pero en una ocasión fui por ella a la secundaria para irnos de pinta. Le llegamos a la casa de un amigo, y ahí nos dieron las 7 de la noche. Entre besos y caricias nos fuimos calentando. Terminamos ardiendo. La acosté en la cama y nos tapamos con las cobijas. Quise hacer el sexo con ella, pero nunca la pude penetrar. Toda la noche me la pasé haciendo la lucha:

Con tantos gritos, me arrepentí. La cuestión es que no llegó a su casa. Al otro día:

–Vamos, te llevo a tu cantón.

–No, es que mi papá ya no me va a recibir.

–¿Entonces?

–Me quiero quedar contigo.

Me sentí contento de poderme juntar con esa morra. Me fui a la casa de mi primo y le dije que nos diera chance de quedarnos unos días. Esa misma tarde llegó mi jefe y me escondí detrás de la puerta:

–¿Y Román?

–No, tío, no ha venido para nada.

No le creyó; se pasó y me dijo:

–El padre de esta niña ya fue a la casa y nos quiso balacear. Ve y entrégala.

–No, es que me quiero quedar con ella.

–Pues habla con el señor. Sacó la pistola y espantó a tu madre y a tus hermanos.

–No, mejor tú; líbrame de la bronca.

–Sáltele usted.

Nos llevó a la casa, y ahí estaba el papá. Ya me había levantado un acta.

–Es que no hicimos nada. Sólo se quedó conmigo.

–No, así ya no te acepto –le dijo a su hija–. No te quiero ver en la casa.

Ahí estaba mi tía Sofía, que se las doraba de licenciada. No lo era, pero trabajaba en la procu:

–Usted no puede venir a amenazarnos con la pistola. Y le voy a voltear la demanda. Se ve que su hija no es nada santita desde el momento que anda con mi sobrino.

El señor estaba aferrado en dejarnos a su hija. Mi papá le dijo:

–No, señor, aquí no la queremos. ¿Qué va a ser de la niña si usted la abandona? Se puede prostituir.

Mi novia se la pasaba llorando, viendo todo. Yo esperaba que les dijera a todos que me quería.

–¿Y con esta familia quieres emparentar? Escucha cómo hablan sus padres y su tía, ¿cómo será el joven?

Mi tía Sofía continuaba defendiéndome:

–La muchacha es de la mismísima calaña. Tal vez peor. Aquí no va a venir a gritarnos. ¿Tiene permiso para portar armas? ¡Cuando le baje a su tono puede venir y platicamos! Mientras, no.

Primero le hablaba bajito y luego le levantaba la voz. Era admirable y muy guapa; vestía elegantísimo. Total, llegó el momento en que el señor dijo:

–Bueno, vamos hacer una cosa. Voy a llevar a mi hija a que se le haga un examen y si no ha sido tocada, me la llevo; pero si ya la echaron a perder, que su hijo pague su responsabilidad.

Al otro día, llevamos a Celina al hospital Durango.